

**JORNADA DIOCESANA DE LA JUVENTUD**  
(Villafranca de los Barros, 15 de noviembre de 2025)

El Evangelio proclamado en esta celebración nos invita a contemplar la escena del encuentro de Jesús con Zaqueo (cf. *Lc 19, 1-10*). El texto escuchado, partiendo de dicho encuentro, narra la transformación de un recaudador de impuestos y cómo tal considerado pecador, impulsado por el deseo de ver a Jesús, experimenta la salvación al abrir su corazón a la misericordia divina.

Prestemos especial atención a algunos elementos de este texto, uno de los más hermosos del Evangelio. Notemos en primer lugar que Zaqueo, según nos narra el texto evangélico, “trataba de ver a Jesús”. Zaqueo es un “buscador”, una persona que con humildad y determinación desea ver a Jesús, desea encontrarse con Jesús. Y ese deseo hace que supere la barrera de su baja estatura y la presión de la multitud. Con ello muestra que su deseo es sincero y perseverante y que no se deja vencer por las dificultades que encuentra en su camino. No es la curiosidad la que lo mueve, es un deseo del alma al cual él no puede resistirse, es búsqueda y apertura a lo que pudiera venir de Jesús, y por eso “corre”, se da prisa, no quiere perder esa oportunidad para ver/conocer/encontrar a Jesús.

El cristiano es por vocación un buscador. Caminar/buscar son dos verbos dinámicos que definen a todo aquel que quiere encontrarse con Jesús, a todo aquel que quiera ser su discípulo, discípulos del que es “camino, verdad y vida” (*Jn 14, 6*).

La palabra “buscar” pone en relación la escena de Zaqueo con las parábolas de la misericordia: el pastor busca la oveja perdida (cf. *Lc 15, 3-7*), la mujer busca la moneda extraviada (cf. *Lc 15, 8-10*), el hijo pródigo busca a su padre porque en él está su salvación (cf. *Lc 15, 11ss*); y Zaqueo busca a Jesús (cf. *Lc 19, 3*). Esta actitud de búsqueda siempre tiene una respuesta por parte de Jesús. En este texto es él quien levanta los ojos y ve a Zaqueo (*Lc 19, 5*).

Querido joven, Antonio, María... no importa tu nombre, permíteme que a la luz del texto que hemos escuchado te pregunte: ¿Te sientes “buscador” o cómodamente “instalado”? A Dios se le encuentra solo en camino. ¿A quién o qué buscas en tu vida? Buscas llenar la sed de plenitud que todos llevamos dentro –*nuestro corazón está hecho para ti y no descansa hasta que descanse en ti*, decía san Agustín-, bebiendo de la *fuelle de agua viva* que es el Señor, o te contentas con “correr a la caza del viento” (*Qo 2, 11*) o intentas saciar esa sed de plenitud con “aguas de cisternas agrietadas que agua no pueden contener” (*Jr 2, 13*), y que lo único que hace es aumentar la sed o ahondar el vacío en que te puedas encontrar? ¿*A quién quieres servir, al señor o al siervo?* Detente, haz silencio en tu vida y pregúntatelo seriamente, pues una pregunta así cambió la vida de san Francisco de Asís y puede cambiar la tuya.

Hablando de búsqueda, hemos de tener muy claro que el primero en ponerse en camino es siempre el Señor. La actitud del Señor está representada en el pastor que busca a la oveja perdida, en la mujer que busca con cuidado la moneda extraviada, en el padre que sale a ver cuándo el hijo vuelve y se adelanta para abrazarle. Aquí es Jesús quien se adelanta, ve a Zaqueo y le dice “hoy tengo que hospedarme en tu casa”. Como si le dijera: hoy quiero que me aceptes en tu vida, hoy quiero que me abras las puertas de tu corazón.

Querido joven: estás aquí no por mera casualidad. Es el Señor quien te ha traído aquí, a esta Jornada Diocesana de la Juventud, sirviéndose de algunas mediaciones: un sacerdote que te ha invitado, un amigo que te ha dicho acompáñame... Pero más allá de las mediaciones

ha sido Jesús quien te ha traído hasta aquí. Jesús se hace hoy el encontradizo contigo. Él te busca. Y si te dejas encontrar por él, tu vida cambiará radicalmente, como cambió la vida de Zaqueo en Jericó, quien después del encuentro con Jesús da la mitad de sus bienes a los pobres y restituye cuatro veces más a quien haya defraudado (Lc 19, 8); de Pablo de Tarso en Damasco, que de perseguidor se transforma en discípulo; de Francisco de Asís en Asís, que de rey de la juventud se transforma en juglar de Dios, y de todos aquellos que siguieron a Jesús. El encuentro con Jesús cambia.

Querido Joven: Déjate encontrar por Cristo. Tu vida cambiará, porque cuando Jesús entra en la vida de un joven o de una joven no quita nada, lo da todo, porque da el verdadero sentido de la vida. Ábrele de par en par las puertas de tu corazón a Cristo. Déjate sorprender por él que hoy te dice: tú que me buscas, “ven y verás” (cf Jn 1, 35-42). Que no te lo cuenten, ven y experimenta por ti mismo su amor, y cuando lo hayas experimentado síguelo. Síguelo allí donde él te llame; que te llama a formar una familia cristiana comprometida con el Evangelio: síguelo; que te llama a la vida consagrada: síguelo; que te llama a la vida sacerdotal: síguelo. Síguelo, porque solo siguiéndole podrás experimentar que solo él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 68).

Me podrás decir que eso no está de moda. Ya lo sé, pero no es la moda la que debe marcar mis opciones de vida, sino, como creyente, es el proyecto que Dios tiene sobre mí lo que ha de ser decisivo a la hora de hacer opciones existenciales.

Y puesto que no está de moda seguir a Jesús, hoy el Señor te pide ser revolucionario o si prefieres, ser profetas. Esto comporta nadar contracorriente en muchas ocasiones. Con palabras del papa León XIV dirigidas al Consejo Mediterráneo de la Juventud, a vosotros jóvenes de nuestra Archidiócesis de Mérida-Badajoz, os pido: Sed “signo de una generación que no acepta acríticamente lo que sucede”. Soñad con un “futuro mejor”. Sed jóvenes comprometidos para construir ese futuro según el querer de Dios. No tengáis miedo en ser constructores de la civilización del amor, como ya nos pidió el papa san Pablo VI, siendo “brotes de paz allí donde crece la semilla del odio y del resentimiento”; sed “tejedores de unidad allí donde prevalece, la polarización y la enemistad”; “sed luz y sal allí donde hay tinieblas y se está apagando la llama de la fe y el gusto por la vida”. Sed motores de reconciliación. No miréis para otro lado. No os rindáis ante la indiferencia. No desistáis, queridos jóvenes, si alguien no os entiende. No os desaniméis ante los desafíos que se os presentan como jóvenes y cristianos. Recordad, como decía san Carlos de Foucauld “que Dios se sirve también de los vientos contrarios para llevarnos a buen puerto”. Partiendo de esta convicción, sed, con vuestra creatividad y vuestros sueños, el presente de la esperanza arraigada en el amor de Cristo para una sociedad mejor, viviendo como sus testigos que proclaman el Evangelio y trabajando siempre en la transformación del mal en bien.

Queridos jóvenes, el texto del Evangelio que nos sirvió de guía en nuestra reflexión enmarca la decisión de Zaqueo en una comida de fiestas, a la que se invitó a Jesús. Podemos afirmar que aquello fue como una Eucaristía y toda Eucaristía es un banquete en el que Jesús, el Señor, se sienta a comer con los pecadores. Hoy estamos de fiesta, sentados junto a Jesús, que nos ofrece su Cuerpo y su Sangre, escuchamos su Palabra, nos alegramos con los hermanos que formamos la asamblea y damos gracias a Dios por la presencia y la salvación que nos regala Jesús.

Que María, nuestra Madre, la Virgen del Valle, nos acompañe en este encuentro con Jesús, y santa Eulalia, patrona de la juventud de la Archidiócesis, interceda por nosotros. *Fiat, fiat, amén, amén.*